

SECCION DOCTRINAL

MOISES ANTE LA FILOSOFÍA Y LA HISTORIA.

(CONCLUSION)

Las doctrinas mosáicas acerca del hombre, tercer objeto principal de la especulación filosófica, no son ménos profundas y verdaderas y conformes á la sana filosofía. Ya en el primer verso del Génesis habia hablado implícitamente de otra especie de criatura racional, segun la comun opinion de los expositores, puesto que sin indicar expresamente la creacion de los ángeles, y habiendo dicho únicamente que «quedaron completos los cielos y la tierra y *toda su adorno,*» habla después repetidas veces de los ángeles, ministros de Dios para con los hombres; y por lo tanto, forman parte del sistema cosmológico mosáico. Más al hablar de la obra del sexto dia hace á Dios como recogerse para el acto más importante de la creacion, y en lugar de la fórmula usada para las creaciones anteriores, dice Dios: (1) «hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, y señoree en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en las bestias y en toda la tierra, y en todo animal que anda arrastrando sobre la tierra.» (2) «Formó, pues, Jehovah, Dios, al hombre del polvo de la tierra, é inspiró en

(1) 1, 26.

(2) 2, 7.

su nariz soplo de vida y fué el hombre en alma viviente.»

Aquí tenemos evidente la doble naturaleza del hombre: el cuerpo, formado de la materia; y el alma inspiracion de Dios, aliento vital, principio de la vida, del cual resulta el hombre *alma viviente*. Excusado es repetir aquí que no hay precision filosófica en la expresion; pero esto no importa cuando en la série de los escritos mosaicos se contiene, como veremos, la doctrina del alma espiritual é inmortal, libre y procedente del mismo Dios, que son los puntos principales de la psicología racional.

Las palabras mismas, con que el alma es designada en el Pentateuco, indican su naturaleza espiritual, como las españolas *alma* y *espíritu*, procedentes de otras que originariamente significaban aura, viento, respiracion, aliento, *spiritus*, de *spiro*, soplo, *ἀνεμος*; viento, de donde *anima*, *animus*, *alma*; y lo propio sucede con *ψυχή*, respiracion, soplo, vida, alma. Así sucede con las palabras hebreas נַפֶּשׁ y רוּחַ. Es decir, que careciendo las lenguas respectivas de una palabra que propia y exclusivamente signifique un sér espiritual, le designaron con la ménos material, si así puede decirse, como es el viento ó soplo, que no es visible ni se condensa en forma palpable. Además de que el aliento ó respiracion es signo de vida, de la existencia del principio vivificante, invisible en sí y visible en aquel efecto; por donde naturalmente le designaron metonímicamente con el nombre de ese efecto y signo natural.

Pero que no se trata propiamente de la respiracion, á pesar de la palabra y de lo pintoresco de la frase trascrita: *inspiró en su nariz aliento de vida*, lo prueban infinidad de razones. Así, en varias ocasiones dice Moisés que el alma de los animales está en su sangre; donde no es dudoso que se trata del principio vital y no de la respiracion ó aliento. Por eso se atribuyen en los libros de Moisés y demás de la Biblia, al נַפֶּשׁ אוֹ רוּחַ cualidades espirituales que

de ningún modo convienen al aliento, ni siquiera al alma, considerada únicamente como principio vital. Así se le atribuyen los afectos, la paciencia, temor, fortaleza, soberbia, moderación; se dice de él que es en alguno firme, viril, fiel, renovado y mejorado; hay frases como estas: *excitó el ánimo de alguno, le infundió ánimo, el ánimo le impulsa, entró en su ánimo hacer tal cosa, Dios llenó de sabiduría el ánimo de los que construyeron el Tabernáculo; pisótea á los robustos, alma mía; derramé mi alma en presencia de Dios, etc.*

Nada puede, por tanto, deducirse contra la doctrina mosaica sobre la espiritualidad del alma, del significado primitivo de la palabra con que se designa, sopena de acusar igualmente de materialistas á Platon y Aristóteles, que empleaban las palabras *φύχη* y *πνεῦμα*, que primitivamente significan viento, aliento, respiración, y á todos lo filósofos latinos ó neo-latinos que se hallan en el mismo caso.

Y expresando Moisés que el hombre fué criado á imagen de Dios, y diciendo, como hemos visto, que Dios no tiene forma corporal, claro es que esa semejanza se refiere á la naturaleza espiritual que en el hombre reconoce semejante á Dios en no ser extensa, en ser inteligente, libre y activa, y capaz, por consiguiente, de señorear y dominar la creación visible, participando así de una prerogativa que á Dios por esencia conviene.

Todo esto adquiere más plena evidencia, si se consideran las ideas de Moisés acerca de la inmortalidad del alma. Dogma éste común en los pueblos primitivos, mientras no olvidaron del todo la primera enseñanza de Dios; dogma universal en Egipto principalmente, como nos lo demuestran las inscripciones que hoy mismo se leen en sus monumentos; no podían ignorarlo los hebreos, que fueron el pueblo que más recuerdos primitivos conservó, ni ménos Moisés, *educado en toda la sabiduría de los egip-*

cios, según su propia frase. Por eso este dogma no aparece expresamente enseñado por Moisés, pero continuamente le supone conocido por los patriarcas, cuya historia refiere. Así, consideraban la vida como una peregrinación (1.47,9), y por consiguiente, creían en una patria que no está en este mundo, como raciocina San Pablo. Ellos consideraban la muerte como su recepción en el hospicio, donde esperaban sus mayores difuntos; y así se dice de Abraham que murió y *fué unido á su pueblo*, (1.25.8,) de Isáac, que *fué recogido á sus pueblos*, y al mismo Abraham le promete Dios que *vendrá á sus padres en paz* (Ib. 35,2-9,49,33, y 15,15). Este hospicio ó lugar donde reposaban las almas de los difuntos, se distingue expresamente del sepulcro en los mismos lugares citados, supuesto que Abraham fué sepultado lejos de donde lo fueron sus padres, y Jacob murió en Egipto, refiriéndose después de la frase citada y *fué reunido con sus padres*, su traslación al sepulcro de sus progenitores. Más aun; cuando anuncian á Jacob la supuesta muerte de su hijo, no sepultado, sino devorado por las fieras, él exclama en su dolor: yo bajaré llorando hasta mi hijo al *scheol*. Así es que este *scheol*, que en la teología cristiana se llama *el limbo de los justos ó seno de Abraham*, aparece sin artículo, como debería estar si fuese un nombre común ó apelativo parecido al קבר ó sepulcro propiamente dicho. Cómo la imaginación poética de los hebreos concibió y pintó este lugar subterráneo, existente debajo del fondo del mar, asegurado con puertas y cerrojos, donde moraban los difuntos con los *refaim* ó gigantes, no nos importa en el caso presente, como no sea para hacer más evidente la creencia de aquel pueblo en la supervivencia de las almas de los difuntos, ó sea en el dogma de la inmortalidad. Por lo común que era, fué ocasión de supersticiones, que Moisés prohibe severamente, como eran las consultas á las pithonisas y las evocaciones de las almas de los difuntos

de que es caso notable el de Saul consultando y evocando el alma de Samuel. En suma y para no cansar más, solo esta fé en la inmortalidad pudo hacer decir al profeta Balaam en su bellísima poesía: «Muera mi alma con la muerte de los justos, y sean mis postrimerías semejantes á las tuyas.» (4 Mos. 23,10).

Es, pues, la espiritualidad é inmortalidad del alma humana cosa corriente en la doctrina mosaica, y no lo es ménos la libertad moral. Esta libertad, no sólo se deduce claramente de toda la narracion histórica; no sólo resulta de los preceptos que Moisés impone á su pueblo de parte de Dios, puesto caso, que es un contrasentido imponer preceptos á quien no tiene la libre facultad de cumplirlos ó traspasarlos; no sólo en fin, se saca de las graves reprecensiones de Moisés á su pueblo por las repetidas faltas y prevaricaciones de que se hizo reo; sino que está expresamente enseñada por él en diversos pasajes. Así es, que la ley mosaica es libremente aceptada por el pueblo, constituyéndose un pacto ó alianza por la que Dios toma en especial proteccion á Israel, y el pueblo se obliga á observar sus mandamientos y estatutos, diciendo á una voz: «Ejecutaremos todas las cosas que Jehovah ha dicho y obedeceremos.» Y leído en su presencia el libro de la alianza, repite el pueblo su promesa y Moisés toma parte de la sangre de las víctimas inmoladas, rocía con ella al pueblo, y dice: «Hé aquí la sangre de la alianza que Jehovah ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas.» (2.24,3—8) Y en otra ocasion solemne dice á su pueblo Moisés: «Mira, yo he puesto hoy delante de tí la vida y el bien y la muerte y el mal... A los cielos y la tierra llamo hoy por testigos contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendicion y la maldicion; escoge, pues, la vida para que vivas tú y tu descendencia.» (1) La libertad mo-

(1) Mos. 30, 15-19.

ral del hombre no podia proclamarse con más claridad, ni con más aparato, ni en asuntos más interesantes.

¿Y cuál es el destino del hombre segun Moisés? «Camina delante de mí y sé perfecto... y yo seré tu recompensa altamente grande.» Así dice Dios á Abraham (1.15,1 y 17,1). Pocas son las palabras, grande y sublime el significado. ¿Qué es andar en la presencia de Dios? Proponérsele como modelo de conducta, cumplir con sinceridad de conciencia el deber, ser perfecto. Mucho se ha elogiado á Platon, porque colocó la virtud en la imitación de Dios, y sin embargo, no suelen recordar los filósofos que muchos siglos antes habia escrito Moisés esa máxima profundísima, suficiente ella sola para llevar al hombre al ápice de la perfeccion moral, cuanto cabe en esta tierra que habitamos, y teniendo en cuenta la humana flaqueza y la protección de Dios, que en el mismo pasaje se promete al patriarca. Y el destino final es Dios mismo, que se dará al hombre como recompensa de la virtud; no en forma de proteccion temporal, no colmando de riquezas, no otorgando salud ó tranquilidad ó muerte apacible, sino para despues de la muerte. Así se comprende el deseo de Bilaam antes mencionado; así se comprende el de Jacob al morir, cuando deseaba la *salud de Jehovah*; así se comprende la promesa hecha á Moisés de mostrarle *todo bien*; así, en fin, se comprenden las palabras dichas á Abraham que acabamos de alegar. ¿Qué valen en presencia de ésta idea sublime las especulaciones de la theosofía oriental y de la Grecia racionalista? En la doctrina mosaica se inspiraba el salmista cuando, despues de exponer los bienes temporales con que suelen ser favorecidos los malos en vida, desea por su parte «ver en justicia el rostro de Dios, y quedar saciado cuando le apareciese su imagen,» ó su gloria, como traduce la versión latina comun. Repito que á estas ideas eschatológicas nada del mundo antiguo se puede comparar, ni siquiera las de los modernos que se

apartan de las doctrinas cristianas; solo estas pudieron depurar, aclarar más, fijar un dogma; que es y será ya para siempre el único que sobre este punto importantísimo adopte la filosofía sana y prudente.

No es preciso insistir en las ideas mosaicas acerca del origen del hombre, sobre que tan torpe y lastimosamente han divagado y divagan los que ignoraron las tradiciones primitivas, ó soberbiamente las rechazan. El hombre, criatura especial y predilecta de Dios, formado á su imagen, destinado á cumplir su voluntad y gozar al fin de su gloria, es lo mejor y más alto que el ingenio humano pudo alcanzar, si es que ideas tan sublimes hubieran de atribuirse al humano ingenio. Y véase cómo es Moisés consecuente y lógico, y á la vez véase otro punto importantísimo de la especulación filosófica. Criado el hombre por Dios, fué criado perfecto en todo sentido, en el alma y en el cuerpo, como sér orgánico y como sér espiritual; tanto más, cuanto era más necesario que la primera pareja humana que aparece sobre la tierra, conociese cuanto era preciso para la satisfacción de sus necesidades, para el ejercicio de sus potencias ó facultades, para disponer de un mundo cuyo señorío se le entregaba, para educar la especie humana que de ella había de proceder, y fundar todas las instituciones esenciales y necesarias para la vida de la humanidad. Pues bien, Moisés nos representa al hombre recién criado en el ejercicio de sus facultades intelectuales y morales, conociendo y hablando una lengua, y adornado del profundo saber que se desprende del hecho de haber puesto nombres adecuados ó propios á todos los animales. De aquí resulta una fácil y profundamente verdadera solución al problema sobre el origen de nuestros conocimientos. Porque en lo que esta cuestión tiene de grave y fundamental, la experiencia nos dice que al hombre le vienen las ideas del hombre, al hijo del padre, al discípulo del maestro, á cada uno en particular de esa en-

señanza que cada día recibe de su trato y comunicacion con los demás hombres, sin lo cual ni la vida intelectual ni la vida física es posible. Claro es que para recibir estas ideas ha de tener el hombre capacidad de percibir las, de formarlas en su inteligencia; ha de ser un sér activo y racional, necesita atencion, necesita esfuerzo propio; pero todo esto no obsta para que sea una verdad de constante experiencia, que un hombre no adquiere jamás por sí solo la cultura, ni se eleva á las ideas del órden espiritual y moral; que un pueblo todo salvaje jamás deja de ser por sí solo un pueblo salvaje. Rechazadas, pues, las ideas mosaicas acerca del origen de la cultura humana; adoptadas las abyectas y peregrinas especulaciones expuestas ya hace veinte siglos por el poeta Lucrecio, y graciosamente por Horacio, no sé si con formalidad ó con ironía, acerca de los orígenes de la humanidad; admitidas las lucubraciones, hoy en boga, sobre la gradual trasformacion en hombres de los monos, y sobre el estado primitivo del llamado hombre prehistórico; ya se puede asegurar que el problema sobre el origen de los conocimientos humanos no puede tener solucion racional. Y esto por la razon de que las ideas innatas no existen ni existieron jamás; la espontaneidad individual para filosofar sin elementos ni auxilios externos está desmentida por la experiencia diaria; y en fin, las recientes teorías sobre el hombre prehistórico, no pasan de ser una novela torpemente forjada por hombres que no dudo que sabrán mucha geología é historia natural, pero que ellos mismos hacen gala de despreciar la metafísica, y muestran harto bien que no conocen demasiado la lógica. Ciertó que Moisés no establece en este punto, como en ningun otro, un sistema filosófico,—que no fué Moisés un autor de sistemas;—pero da los elementos necesarios y suficientes para la resolucion del problema sobre el origen de las ideas, en cuanto tiene de sério, importante y al alcance de nuestra comprension. El

hombre fué criado á imágen de Dios; era, pues, inteligente en potencia; tenía aptitud para adquirir conocimientos, así del orden material, como del espiritual y moral; él fué criado *conociendo una lengua* y dotado de extraordinario saber, cual convenia al que habia de ser el institutor del lenguaje humano; habló, pues, á sus hijos, los enseñó, los educó, y sus conocimientos se trasmitieron de padres á hijos, más ó ménos, segun el mayor ó menor cuidado que tuvieran en esta educacion y enseñanza, y el trabajo que los educandos emplearan en adquirirla y perfeccionarla. Moisés no entra en más pormenores, y no son muchos los que á esta doctrina pueden añadir la ideología y psicología empírica.

Finalmente, no hay para qué ocuparse en este momento de las ideas de moral y derecho natural de Moisés; ellas están recopiladas en el Decálogo, que es todavía el más sublime compendio de moral de la humanidad civilizada, y no es de este lugar el defenderle de graves ataques que se han dado contra la legislacion mosaica, porque no estamos haciendo una apología de Moisés, y porque aquellos ataques se refieren ordinariamente á las leyes y ordenanzas positivas, que, como es natural, tenían que acomodarse á la condicion, estado y circunstancias del pueblo para quien legisló.

De estética confieso que no expone precepto ni teoría alguna, que yo sepa, como tampoco las expone Homero; pero es el fundador de una religion y de un estado social, y por consiguiente en él se encuentra el ideal y la síntesis del arte hebreo. No dió reglas de poesía; pero, como Homero, pudo decir: *así se hace*, y entregar á la posteridad admirada su cántico sublime, *Cantémos al Señor*, y el no ménos admirable, *Oíd, cielos, y hablaré; oiga la tierra las palabras de mi boca.* (2, 15 y 5, 32.)

Vése, pues, por este breve resumen de las ideas filosóficas de Moisés, que apenas hay un punto importante de

filosofía que no se encuentre allí profundamente verdadero, claro, determinado, y tanto más admirable cuanto se trata de un filósofo anterior en más de mil años á Platon. Mucho debia saberse en Egipto, donde Moisés se educara; pero tan alta filosofía, unida á tanta ciencia, á tanta virtud, á tan verdadero patriotismo, á tan sublime entonacion, poética, no se explican con la educacion que le hiciera dar la hija de Faraon.

Réstanos ahora exponer brevisísimamente, por temor de molestar demasiado, los méritos de Moisés para con la historia universal.

Despues de haber comenzado su narracion histórica el sábio y prudente César Cantú, haciendo un breve resumen de los primeros capítulos del Génesis hasta el diluvio, se expresa en estos términos: «A esto se reduce la relacion del más antiguo de los historiadores, cuya exactitud, aunque no se quiera tener en cuenta la inspiracion divina, está confirmada por pruebas deducidas de muy diversas fuentes. No hemos creído que debíamos pasar por alto esta primera edad, ni dejar á otras ciencias el cuidado de aclararla. En ella se encuentran los orígenes de todas las instituciones humanas; sobre ella están fundadas la fraternidad universal de los hombres, sus primeras leyes, sus creencias comunes; las virtudes y los pecados que vemos allí en una familia, los hallamos despues reproducidos por las naciones; ¿cómo, pues, podríamos adelantar en la obra de nuestro edificio, sin haber asegurado antes los cimientos? Como el botánico que, al querer describir una planta, empieza por el estudio de las semillas, nosotros nos detendremos en los orígenes de la humanidad para conocer, así el teatro donde debe operar, como los actores.»

Estas palabras del ilustre historiador nos hacen muy al caso en la ocasion presente, porque indican toda la importancia que tiene la narracion mosaica para el que quie-

ra seguir el camino trazado por la humanidad desde su primitivo origen. El primer libro de Moisés, llamado con razon el Génesis, porque en él se describen los orígenes de la humanidad, es sin duda alguna, si nó el escrito más antiguo, puesto que los descubrimientos que se hacen en Egipto encierran inscripciones que dicen ser anteriores á Moisés, al ménos la más antigua de las historias, hasta el punto de que solo diez siglos despues nos ofrece la Grecia una historia con caracteres verdaderamente históricos. La del Génesis los ofrece tales por su sencillez y candor, por su sublimidad, por su sobriedad, por la exactitud maravillosa con que pinta los sucesos y personas, usos y costumbres, y, en fin, por su cronología y geografia,— que son, en frase de Bacon, los dos ojos de la historia, y sin las cuales ésta es imposible,—que nunca una persona docta y formal podrá prescindir de todo punto de ella, si quiere estudiar la vida de la humanidad, aunque al estudio de la historia lleve esas prevenciones dogmáticas que hacen rechazar todo lo que tiene carácter de maravilloso y sobrenatural. Mas si, como es justo, se despoja el hombre de prevenciones tan antifilosóficas, la historia de Moisés no podrá ménos de maravillarle por los inmensos servicios que presta al que quiera conocer seriamente á la humanidad, y no se pague de nebulosidades, ni de hipótesis aéreas, ridículas ó abiertamente falsas.

Sin los libros mosáicos no es posible conocer los orígenes de la humanidad, y por consiguiente es imposible la historia universal. Claro es que no se ha de ir á desdeñar el Génesis para acudir en su lugar al Chon-King ó al Código de Manú, destituidos abiertamente de todo carácter histórico. Y como los griegos ignoraron los sucesos más remotos, pues eran unos niños, según dicen que respondió á Solon el sacerdote de Memphis, evidentemente habria que renunciar á ver en ninguna historia antigua la narracion de los primeros pasos de la humanidad. Sería preciso,

pnes, entregarse plenamente á la hipótesis metafísica ó física, ó renunciar de todo punto á una historia propiamente universal. ¿Y qué podría decir la filosofía? Poniéndonos en lo mejor, admitiría que Dios ha criado al hombre; pero, ¿dónde, cuándo, á cuantos, con qué fin, cuáles fueron las primeras instituciones humanas? A estas y otras importantísimas preguntas nada habria que responder, de no entregarse de lleno á la imaginación de un Pelletan, por ejemplo, de un Quinet y otros poetas por el estilo, que no pasan en verdad de meros poetas, cuyas creaciones flotan en el aire, y cualquiera con igual derecho puede sustituirlas por las suyas, variables hasta lo infinito. Sin el Génesis, yo no dudo que la historia universal contemporánea sería absolutamente materialista, dadas las ideas reinantes, á pesar de tanta luz como nos alumbra, y que solo pide que se abran los ojos libres de todo obstáculo que impida verla como es. Las teorías sobre la generación espontánea, combinadas con las darwínicas y las invenciones de los prehistóricos, darian la ley en la historia, y tendríamos una ciencia absurda desde el principio, é impotente para explicar nada de cuanto se refiere á la vida de la humanidad.

Más necesaria es aún la narracion mosaica para entender la historia, si se considera esta como una ciencia filosófica que quiere dar razon de su objeto. La historia como ciencia filosófica, no puede evitar la cuestion del origen de la humanidad sin declararse en el acto impotente y nula; porque si ignora los orígenes de la humanidad ya no posee su materia propia, nada puede decir que sea de provecho en orden á la vida de la humanidad, porque ignorando el punto de partida, tiene que ignorar el término del viaje y el camino que conduce á él. Nadie creerá que pueda presentárenos á la vista la vida de la humanidad, los órganos que en ella funcionan, y las leyes fisiológicas de este organismo, si se ignora un dato sufi-

cienté para cambiar radicalmente todas las deducciones posteriores.

Pues tal es la cuestion sobre el origen del hombre; porque á primera vista se comprende la inmensa diferencia del concepto que habíamos de formarnos de la humanidad, suponiéndola criada por Dios, ó bien procedente de la ciega y fatal transformacion de la materia bruta; hecha á imágen y semejanza del Sér infinito y esencialmente bueno, ó nacida espontáneamente de la tierra y el agua bajo la influencia del calor solar; procedente de la libre voluntad del Criador, para que se enseñoree de este mundo visible y adquiriera por el trabajo su desarrollo y perfeccion, ó caída de cualquier astro; donde eternamente esperaba á que la tierra tuviese condiciones de habitabilidad; nacida de una sola pareja y educada por Dios en el Paraiso, ó brotando espontáneamente en las diversas islas y continentes, á medida que iban estando dispuestos á mantener un sér humano. ¿Quién no vé la enorme diferencia en la idea que nos formaríamos en estos casos diversos del destino humano, de la libertad, del progreso, de la fraternidad universal, de los medios de perfeccionamiento y desarrollo, hasta llegar al término final, en una palabra, de todas las grandes cuestiones que forman lo que se llama filosofía de la historia? Es pues, necesario, que la historia posea datos ciertos, fijos y determinados acerca de los orígenes de la humanidad, si ha de ser una ciencia filosófica; y estos datos ciertos, fijos y determinados, solo se hallan en los libros de Moisés.

Fijémonos como ejemplo en un solo punto, en la procedencia de todos los hombres de una sola pareja, mediante cuya fraternidad tienen todos iguales derechos y los mismos deberes que cumplir. Pues bien, rechazada la historia de Moisés, no habria medios de llegar á semejante importantísimo concepto fuera de las vagas y á todas luces insuficientes tradiciones de los pueblos antiguos; ni

siquiera hubiera ocurrido la idea de esa unidad de la especie humana: tan grande es la aparente diversidad de sus distintas razas, por la que propenden tantos fisiólogos á establecer especies diversas en la humanidad, destruyendo así el dogma precioso de la fraternidad universal, y justificando la enorme iniquidad de la esclavitud y de la trata de negros. ¿Y podría ser esto indiferente para la filosofía de la historia?

Con grande empeño se estudian en nuestros tiempos las antiguas mitologías y tradiciones de los pueblos, que tanto importan para conocer la vida de la humanidad, las conexiones de las distintas razas y tribus, la historia de las ideas, tan importante y más aún que la de las dinastías, guerras y conquistas, formacion y desaparicion de los imperios. Pues esas mitologías y tradiciones, si no puedo decir que se explican completamente por la narracion mosaica, reciben de ella á lo ménos una luz esplendorosa, que las hace inteligibles en la mayor parte de los casos, y sin la cual son un cáos inextricable. Los indios, así brahmánicos como budhistas, los chinos, persas, egipcios, caldeos, griegos, romanos, drúidas, escandinavos, peruanos, mejicanos, canadienses, virginianos, están conformes con los hebreos en todas ó la mayor parte de estas ideas: existencia de Dios, vestigios al ménos de la Trinidad, creacion, caída del hombre y redencion, edad larguísima de los patriarcas, diluvio, fin del mundo, inmortalidad del alma, ángeles buenos y malos, Paraíso, Purgatorio, Infierno, milagros, profecías, expiaciones, votos, sacrificios y oraciones. ¿Cómo pueblos tan apartados en tiempo y espacio, y tan diversos en cultura y civilizacion, llegaron á una tan sorprendente unidad de ideas? Porque el hecho es innegable, y con los mismos textos escritos ó monumentales, puede verse comprobado en Cantú, en la *Historia de la filosofía* de Ritter, en la *Simbólica* de Creuzer, en *La Biblia sin Biblio* de Gai-

net, en *Las tradiciones del género humano* de Lucker, y en muchos otros libros de investigadores modernos. Esta unidad no se explica en modo alguno, sin la historia mosaica, donde aparecen con claridad, con lógica, con sobriedad de pormenores y de sobrenaturalismo; en suma, con todos los caracteres históricos, completamente ajenos á las mitologías y tradiciones paganas de que tenemos datos escritos, á más de su innegable y reconocida prioridad.

No se me diga que esas tradiciones son meras supersticiones populares, ó bien creaciones idénticas de la razón humana, siempre semejante á sí misma; porque ni delirando ni racionando puede llegar el hombre á tan estupenda é inexplicable unidad, cuando se halla en tiempos, países, climas y civilizaciones tan diversas. Esto no se explica sino por una tradicion real y verdadera, únicamente comprensible y lógica en la historia de Moisés.

Si las ideas de los prehistóricos fueran verdaderas, el infelicísimo estado de nuestros progenitores hubiera hecho precaria y corta una vida, pasada en la estupidez, y entre multitud de bestias fieras que no les permitieran punto de reposo. ¿Pues cómo pudo nacer en los pueblos antiguos la idea de que los primeros hombres vivian multitud de siglos en envidiable felicidad? Al principio de las tradiciones escritas de la China, aparece el primer emperador dando disposiciones contra los efectos de la grande inundacion, sin decir cuál fué ésta, ni cuándo, ni por qué ocurrió; en los libros indios se nos habla de la historia del pez que salvó del diluvio á la raza humana; en el antiguo Méjico se hallaron geroglíficos representativos de un diluvio; hace poco se ha leído en caracteres cuneiformes una narracion caldea del diluvio; terreno diluvial llaman los geólogos á uno de los que aparecen más próximos á nosotros. Pues bien; en Moisés únicamente leemos esta historia con claridad, con sencillez, con lógico encadena-

miento con lo anterior y posterior; en una palabra, ella sola nos dá la clave de este hecho de tradicion universal y por la ciencia actual comprobado. Lo mismo podríamos decir de las tradiciones restantes, singularmente de la relativa á los sacrificios, uso universal, que sólo tiene explicacion en las historias mosáicas, y que sin ellas es absolutamente ininteligible y absurdo.

Y si de este género de consideraciones pasamos á la gravedad y exactitud histórica de los hechos referidos, no resaltan menores las excelencias de los escritos de Moisés. ¡Cosa maravillosa y estupenda! Un libro escrito en los desiertos de Arabia más de catorce siglos antes de la era cristiana, y que sube en su narracion á los albores de la humanidad y del mundo, aún no ha podido ser convencido de inexactitud ó falsedad; no porque no se le haya atacado en este sentido, al contrario, se le viene atacando hace mil setecientos años, desde que Celso de Alejandria inició la oposicion; sino porque la historia, la filosofía, las ciencias físicas y naturales de que se sacaron las objeciones, cuando son mejor interrogadas y consultadas con más imparcialidad, vienen siempre á depóner en favor suyo. Inútil sería molestar ahora con la exposicion de las objeciones hechas al Génesis y demás libros mosáicos, tomadas de las ciencias físicas y naturales. No es esta ocasion oportuna, y basta apuntar que, si los vientos de incredulidad y materialismo hoy dominantes, aumentan dificultades contra estos libros, y afectan desdeñarlos como cosa pasada ya y añeja; todavía no han logrado demostrar una sola, jamás logran salir de las hipótesis, y por eso son tantos aún los hombres eminentes en ciencias naturales y físicas, que profesan á la vez al Pentateuco el respeto que se le debe. Y la filosofía, ¿qué puede decir para impugnar los hechos ó la significacion de los hechos que refiere Moisés? En parte lo hemos visto ya: nada absolutamente; antes es admirable la armonía de un libro tan antiguo con

la sana filosofía. Cuanto á la historia propiamente tal, poco puede oponerse á la mosaica, porque son bien escasos los datos históricos que suban á tan remotos tiempos. Sin embargo, algunos suministra el Egipto, y éstos no son contrarios á la narracion mosaica, antes reciben de ella no escasa luz, y no hace mucho que un sábio inglés (1) ha escrito una historia de Moisés con datos puramente egipcios, y conforme en un todo con lo que sabiamos por el Pentateuco.

Mayor importancia tiene la narracion mosaica en lo poquísimo que refiere de los orígenes del imperio caldeo y fundacion de la torre de Babel, hoy Borsippa, en la que se ha desenterrado una inscripcion cuneiforme de Nabucodonosor, en que refiere la fundacion de dicha torre á los tiempos en que la coloca Moisés próximamente, teniendo en cuenta cierta incertidumbre que reina en la cronología bíblica, por la diferencia de interpretaciones, y tal vez por el estado del texto, y más aún la que debia existir en la corte de Nabucodonosor relativamente á tiempos tan remotos. Poco antes de esta historia, es á saber, en el décimo capítulo del Génesis, refiere Moisés cuáles fueron los primeros descendientes de Noé, que dieron lugar á los distintos pueblos que se extendieron luego por toda la tierra. Donde es de notar lo primero, que todos los descubrimientos modernos confirman el relato mosaico acerca de la primera habitacion del hombre despues del diluvio. Que el Asia fué la primera cuna de la especie humana, y allí singularmente donde Moisés hace vivir á los hombres postdiluvianos hasta su dispersion, es cosa hoy convenida entre los ethnógrafos é historiadores, salvo, por supuesto, los que no creen en la unidad de la especie, y sostienen que los hombres nacieron y se propagaron desde tres, cinco, quince y más centros diversos. Mas estos están

(1) Lauth, *Historia de Moisés el hebreo, segun dos papiros del antiguo Egipto.*

fuera de la ciencia, seducidos por la incredulidad y las hipótesis materialistas.

Sobre la tabla genealógica del mencionado capítulo del Génesis, puede decirse con Görres que en ella comienza la historia universal, aunque no la creamos completa, pues opinamos que Moisés suprimió varios nombres, no siendo su objeto hablar sino de los ascendientes de los pueblos más ó menos conocidos del suyo. De todas maneras, en lo que dice, es de admirable exactitud, y el único que puede guiar al historiador de los pueblos antiguos del Asia occidental, Africa y Europa. Sobre esta tabla se han hecho comentarios interesantísimos, desde Josepho y San Jerónimo hasta ahora; y los grandes progresos modernos de la ethnografía no han hecho sino confirmarla más y más. Sería inexcusable ya que me detuviese á exponerla en sus pormenores, como igualmente el insistir en los altos merecimientos históricos de Moisés, y el valor que sus escritos tienen para la historia universal, de que son la única base y fundamento sólido.

Termino, pues, estas someras indicaciones sobre el valor filosófico é histórico de los escritos mosáicos, y creo no encarecer demasiado diciendo, que *Moisés ante la Filosofía y la Historia* es el personaje más grande de los tiempos antiguos, que por uno y otro concepto merece atención preferente de parte del filósofo y del historiador, que la vida entera de la humanidad gira sobre estos dos polos: Moisés y Jesús de Nazareth.

FRANCISCO CAMINERO.



DÉCIMA VELADA.

INTERLOCUTORES.

- 1.º—*C.*—Contumax.
- 2.º—*R.*—Receptor.
- 3.º—*A.*—Ambidexter.

C.—Está visto: no hay libertad.

A.—Está probado: no hay juicio.

R.—¡Absolutistas exagerados! No comprenden la verdad que sirve de título á una de nuestras afamadas comedias, á saber: «En esta vida todo es verdad y todo mentira.» No hay libertad del género patibulario, ni juicio al modo de un pensador melancólico.

A.—Verdad es que de todo hay en el mundo: lo mismo dá en rostro la gritería de los descamisados que el rigorismo implacable. El error está en fijar los equilibrios donde no puede descansar el fiel de la balanza; y, por lo comun, á todos desagrade quien á todos quiere contentar. No hay más amigo que Dios, y el mejor amigo el muerto.

C.—¿Y la conciencia humana?

R.—¿Y la ley? Con buena conciencia y con leyes sábias y justas, vengán conflictos.

A.—¡Agente poderoso, móvil dignísimo, la conciencia! Activa, incansable, verídica, severa é implacable, no se contenta con desvelar al culpable: lo acusa, lo juzga; cuanto más trata de escusarse, más hondo le hiere. Asiste á todos los festines sin ser convidada; toma parte en la conversacion, y le sirve de instrumento el silencio; no duerme ni deja dormir. Importuna sin officiosidad y agresiva sin insolencia, precede al juicio de los magistrados; sabe lo que ellos ignoran; no se le oculta lo que el tribunal no puede descubrir: es al corazon lo que la sangre á la vida. Sube y descende del corazon á la cabeza, y de la cabeza al corazon, renovando sin cesar su vigor admira-

ble. Hielas las venas y enciende el rostro; hace palidecer el semblante, y exalta el ánimo. Está allí donde ora el solitario y donde pelea el guerrero. A nadie perdona, ni al monje ni al libertino, ni al príncipe ni á los ministros; y sin embargo de su formidable poder, lleva el sueño á las pupilas del honrado labriego, y al ánimo del bienhechor un regocijo inexplicable. No quiteis un ápice á la conciencia humana; ni la descargareis de sus pesadumbres, ni la gravareis con ajenas culpas. Ella se lo sabe. Ella lo hace. *Si consistant adversus me castra non timebit cor meum.* (Psal. XXVI, 3.) El justo, aun abrumado, no sucumbe.

Si totus illabatur orbis, impavidum ferient ruinae.

En orden á las leyes, cuantas ménos mejor. Las más sábias y justas son las que más nos acercan á Dios, decia Ciceron. Como ellas sean el natural reflejo de las costumbres, leyes serán, lo mismo vengan escritas en tablas de bronce que rigiendo al mundo por usos constantes. Cosas hay que no es menester definir las. Obra del buen sentido las prácticas saludables, revelan en su conjunto el imperio de la rectitud natural. Demás está escribir en forma de artículos lo que impreso en el corazon humano viene preceptuado por el Autor Supremo de toda autoridad; y, sin embargo, para norma de leyes, y para regla de conducta, y para solemne ostentacion de la potestad soberana de Dios se escribió y promulgó el Decálogo, el más excelente de los códigos. Obsérvese la ley de Dios; que cuiden los imperantes de atenerse á los mandatos en ella contenidos, y entonces que vengan *conflictos*.

C.—¡Ah! La ley de Dios no basta. Si ella fuera suficiente, acabaria la autonomía del hombre. Entonces la teocracia, entonces adios soberanía del pueblo.

R.—¡Sí. Conviene observar la ley de Dios sin condenar los derechos del hombre, á saber: el derecho humano.

A.—Como condenar al buen hijo cuando honramos á su padre. Toda potestad viene de Dios; y claro es que pueden beberse sin peligro de envenenamiento las aguas que fluyan del manantial purísimo de la ley de Dios. Solo que los abogados del derecho humano, siendo menor por naturaleza, pretenden emanciparlo del derecho divino, y muchas veces pretenden oponerlo á Dios, relegando del gobierno de la sociedad á su Autor y Legislador. En esta doctrina ván cifradas las aspiraciones de lo que ha dado en llamarse *ideas nuevas*.

C.—Ahora se nos habla del gobierno de la Providencia en las cosas mundanas; luego se nos persuadirá que lo natural y lo sobrenatural se componen admirablemente. Por estos caminos se logra someter las inteligencias al yugo de la Iglesia.

R.—Débese veneracion á la respetable antigüedad. Los pueblos viven de creencias y prácticas que es prudente no lastimar. Falta de tacto sería herir á los católicos en sus tradiciones y costumbres.

A.—Muy laudable es el juicio de la prudencia; mas ante todo la verdad. Así se hermanan el gobierno de Dios y el de los hombres, como lo natural y lo sobrenatural. Lo superior no destruye lo inferior. Por el contrario, lo dignifica y robustece. Más alto y poderoso es el hombre cuanto es más ayudado y favorecido. Por tanto, sin confundirse ambos órdenes, el natural y el sobrenatural van juntos y viven hermanados. Con otro motivo, y en diferente ocasion, decia lo siguiente: «Lo natural, pues, y lo sobrenatural, la razon y la revelacion, la ciencia limitada del hombre y la omnisciencia de Dios; en una palabra, lo humano y lo divino son como dos círculos paralelos, contenido el uno en el otro, esto es, concéntricos. El menor está encerrado sin angustia en el mayor; nada pierde en la continúa de sus puntos ni de la circunferencia que describe; antes bien, guardado por el mayor

está favorecido por él, de él recibe una luz que no tiene atmósfera circunscripta. Rodeando, pues, el mayor al menor, lo ampara contra agresiones audaces, lo preserva de atrevimientos impíos, y le presta celestial hermosura. El círculo inferior no puede dilatarse, aunque puede recibir luces superiores; el mayor no tiene extension determinada, sino que, círculo de luz inaccesible, irradia su iluminación hasta lo infinito. Nunca, ni de ningun modo, lo natural puede comprender á lo sobrenatural, y lo sobrenatural siempre y en todas formas ennoblece á lo natural. El milagro, propio del orden sobrenatural, viene en apoyo de verdades que dignifican la razon humana en vez de deprimirla; mas aunque ennoblecida y dignificada, siempre es razon limitada, no razon soberana. *Ne laboretis: non enim comprehendetis.* (Eccl., XLIII, 34.) Semejante el hombre á Dios, sin embargo no es Dios. Solo Dios es omnipotente. Solo Dios puede hacer milagros. Hizolos Jesucristo: luego es Dios (1).»

C.—Todo eso inspira encogimiento. Estoy por la sentencia de Salustio: el miedo es un peligro. La mayor defensa es la audacia. *Semper in prelio iis est maximum periculum, qui maxime timent. Audacia pro muro habetur.* (Ex Orat. Catilinæ, c. 58.)

A.—Pues tomando de la misma oracion una sentencia, replico á mi vez que trabajando por Dios, por la causa de la verdad y de la justicia, abogo por la patria, por la libertad y por la independendencia. *Nos pro patria, pro libertate, pro vita certamus.* Solo que nuestra lucha no es de pasiones, como la del culpable Catilina, sino de razon, de amor y de zelo. Inspira lástima el desconocimiento de los

(1) Discurso sobre los milagros de Jesucristo, núm. cxxxI de la Coleccion de Sermones-homilias escritos por el Sr. Obispo de Jaen, tomo VI, pag. 209. Tambien se habla sobre la doctrina de lo natural y de lo sobrenatural en los números XLVII, LV, LVI, LXX, CI, CII, CIX, CXXVI, correspondientes á *la Curacion del paráltico, Multiplicacion de panes y peces, Resurreccion de Lázaro, Resurreccion del hijo de la viuda de Naim*, etc., etc.

primeros principios á tal extremo, que no hay mayor desventura que creer ó fingir creer que la dignidad del hombre consiste en menospreciar á Dios. Desde el momento en que la razon humana se emancipa de la razon divina, muere por aislamiento, que es el modo más terrible de morir. La dependencia del hombre constituye orden, no humillacion; es dignidad, no abyeccion; es fuerza, en vez de ser imbecilidad. Lo natural y lo necesario se cumple. La disolucion viene por falta de cohesion. Providencia, lazo, vigor y sentimiento, es lo que forma las relaciones de amistad. Vino, pues, ciega la rebelion; aflojó todos los resórtos, disolvió vínculos, creó fantasmas de poderes convencionales para entronizar una tiranía irresponsable. La fatalidad es el cortejo necesario de la negacion de Dios. Por eso el ateo es adusto, repulsivo, altanero con estupidez. Natural es que la audacia lisonjee el apetito de los rebeldes, que para hacerse temer invocan la patria, la libertad y los hogares. A su vez decia Ciceron á Catilina: «Ya la patria, nuestra madre común, te odia y teme. Mucho há que no piensa en tí, sino en su parricidio.» *Nunc te patria, quæ communis est omnium nostrum parens, odit et metuit; et jamdiu de te nihil judicat, nisi de parricidio suo cogitare.* Prima Catilinaria habita in Senatu.

C.—Así habla el patriotismo. ¡Qué dignidad!

A.—Pero ¿quién es el patriota, Catilina que invoca la patria, la libertad y la vida, ó Ciceron que le llama parricida? ¡Dificil cuestion la de fijar la idea del patriotismo! Con todo, poned el caso de un buen creyente en pugna de amor á la patria con un despreocupado libertino, y tendreis la cuestion resuelta.

C.—El Orador romano se lucia en el foro exagerando los excesos de Catilina.

A.—Es decir, que Ciceron era un neo en su tiempo y Catilina un hombre de corazon, á saber, todo un republi-

cano rojo ó leopardo, que en ello nada nos va. Sin embargo, tomemos un retrato de héroe á los fines convenientes. Por ahí se encontrará algun parecido. «¡Oh afortunada República si lograra lanzar esta peste! A fé mia, que con solo librarse de Catilina me parece que se levantaria renovada! ¿Qué cosa mala ó qué delito puede fingirse ó escogitarse que Catilina no haya concebido? ¿Qué envenenador hay en toda Italia; qué maton, ladron, asesino, parricida, falsificador de testamentos, embustero, encenagado, disipador ó adúltero; qué mujer infame, qué corruptor de la juventud y qué hombre perverso, qué perdido, que no confiese estar ligado á Catilina con íntimas relaciones? ¿Qué muertes se han hecho en estos tiempos sin su coóperacion? ¿Qué...?» (1). *Secunda M. Tullii Ciceronis in L. Catilinam oratio ad Quirites.*

C.—En órden á Catilina no creo exacto lo que de él cuentan las historias.

A.—Está en su lugar la cautela; y como desde entonces, especialmente en nuestros dias, no se hayan presentado casos como los referentes á Catilina, no es de extrañar la reserva en creer. Ni el año 93 del siglo pasado en Francia, ni las recientes escenas de *La Commune*, ni los incendios de ayer en España, autorizan para siquiera pensar en Catilina. Sobre fé humana copiamos un texto peregrino. —Como Nasica fuese á visitar al poeta Ennio, y le dijese la criada que no estaba en casa, y Nasica oyese que la criada habia dicho lo que su amo le mandara, y que Ennio estaba allí; pocos dias despues, yendo Ennio á

(1) ¡O fortunatam Rempubl., siquidem hanc sentinam hujus urbis egerit! Uno mehercule Catilinâ exhausto, relevata mihi et récreata Respubl: videtur. Quid enim mali aut sceleris fingi aut excogitari potest, quod non ille conceperit? Quis totâ Italiâ veneficus, quis gladiator, quis latro, quis sicarius, quis parricida, quis testamentorum subjector, quis circumscriptor, quis ganeo, quis nepos, quis aduller, quæ mulier infamis, quis corruptor juventutis, quis corruptus; quis perditus inveniri potest, qui se cum Catilinâ non familiarissimè vixisse fateatur? Quæ cedes per hosce annos sine illo facta est? Quod nefarium stuprum non per illum?

ver á Nasica, y preguntando por él, como exclamase el mismo Nasica que no estaba en casa; entonces Ennio dijo: ¿Cómo?, pues qué, no conozco tu voz? Nasica replicó:—Eres un desvergonzado. Cuando yo te buscaba, creí lo que tu criada me dijo, y tú no me crees á mí? — Refiere el caso Ciceron, Lib. I de Oratore, cap. LXVIII (1).

C.—Pues sea lo que fuere de los casos y de las citas, que yo no he de evacuar, estoy por lo breve, me gusta la concision; en una palabra, las líneas rectas que son las más cortas.

A.—No siempre la línea recta acorta las distancias. De ordinario se llega antes y con menor fatiga dando hábiles rodeos que saltando arroyos y subiendo cuestas. Quien no mira el peligro de un viaje al vapor suele precipitarse para no levantar cabeza. Además, los rodeos y las líneas curvas son la fisonomía de la naturaleza, cuando empinada y bulliciosa, cuando llana y apacible. Sobre lo cual he de tomar una cita: «La naturaleza pintada por los niveladores representa una tabla rasa donde la vista no puede hallar recreo. El pintor inglés Hogarth, analizando lo bello, dió por sentado que la línea curva es el principio de la belleza física. En efecto, el arte, como la naturaleza, á quien el arte debe copiar, ha de fingir, aun en superficies planas, ángulos salientes, prominencias, altos y bajos, claro y oscuro. Necesita dibujar contornos, crear distancias, inventar rodeos, formar colinas, accidentar los espacios, mitigar las luces, airar los semblantes y alegrar las fisonomías. Todo ello está á cargo de las líneas curvas, sin las cuales no es dable pintar la belleza física ni los afectos morales. La vejez no se pinta como se pinta la ju-

(1) Nasica cum ad poetam Ennium venisset, eique ab ostio quærenti Ennium ancilla dixisset, domi non esse; Nasica sensit illam domini jussu dixisse, et illum intus esse. Paucis post diebus cum ad Nasicam venisset Ennius, et cum à januâ quæreret, exclamat Nasica, se domi non esse. Tum Ennius: Quid, ego non cognosco vocem, inquit, tuam? Hic Nasica: Homo est impudens. Ego cum te quærerem, ancillæ tuæ credidi te domi non esse, tu mihi non credis ipsi?

ventud. Merced á las curvas levanta el pincel las mejillas, arruga la piel y esconde la vista del anciano, y á las curvas se debe que el frio mármol represente lo mismo la resignacion que el despecho. Con la mano, con el pincel y con las tintas que se estampa el furor desesperado, se pinta, á favor de toques delicados, de luces, sombras y curvas, la inmovilidad de una pasion estúpida. El *saxea ut effigies bacchantis* de Cátulo dá idea de esto. La Dido de Virgilio, y la Ariana abandonada de Cátulo son modelos de la belleza poética. De lo cual se infiere que la nivelacion social es contra naturaleza. Por eso aparece deforme, horrible, monstruosa.

Horrendum, et dictu video mirabile monstrum.

(Virg. *Æneid.* III, v. 26.)

Erramus pelago, totidem sine sidere noctes.

(Virg. Lib. III, *Æneid.* V, v. 204.) (1).

R.—Transijamos. Conviene dar cierta expansion á los ánimos y á la misma naturaleza. El patriotismo como todos los nobles sentimientos necesita amplitud. Sin respiradero se ahogan los instintos más laudables.

A.—No están fuera de lugar tales observaciones. Pero cuidado, mucho cuidado con el asunto. Suele entenderse por naturaleza un naturalismo sin luz, sin guia, desenfrenado, ó como si dijéramos, la mitad de la doble naturaleza, que en el hombre tiene forma y sér de racional sin dejar de ser animal y sensitiva. De modo que puede acontecer, y es por desgracia frecuente, que lo bueno segun la naturaleza animal sea malo segun el concepto racional, esto es, hallarse en pugna, como enseña San Pablo, ambas leyes, la del cuerpo y la del espíritu. Por tanto el hombre, sér moral, se rige por leyes morales que regulan sus in-

(1) Pensamientos del obispo de Jaen sobre el carácter de los errores modernos, pág. 104, núm. 460.

clinaciones y apetitos. El doctísimo Soto, Fr. Domingo, lo dirá mejor en dos palabras: *Res universæ id solum bonum appetunt, quod illis verè est bonum: homo verò illud etiam, quod licet sensui est bonum, rationi tamen, quæ sua est natura, existit malum.* De Justitia et Jure. Libro I. Quæst. IV, art. II, edit. Salmant. 1569, pág: 25.

C.—A buena parte acude *R.* en busca de transacciones. No se quiere más que despotismo, imposiciones, leyes arbitrarias, autoridad, no razon.

A.—Ciertamente que la apelacion no ha sido muy afortunada para *R.* Sin embargo, la sentència del maestro Soto es irrefragable, tanto, que si conociera el mismísimo *C.* la obra citada, el carácter de su autor, su elevado entendimiento, su precision admirable y su experiencia en el doctorado, bien seguro es que ante su voz inclinaria su erguida cabeza. Vaya al caso una teoría de Soto. Pone por condicion de la ley una reciprocidad entre la república y el príncipe, de modo que se prometan fidelidad y seguridad respectivas. *Per leges namque respública et princeps constituitur fideiussor ut securè tutoque ubique vivatur.* Vide opus antea cit. Lib. I, Quæst. I, art. IV. Resultando comunidad de afectos, de intereses, de amor á la patria y la igualdad ante la ley, que á todos obliga, á pueblos y á príncipes. *Reges non sunt ex-leges.*

R.—Lo que es menester conciliar para no incurrir en error es la doctrina de los tiempos, ó sea las buenas tradiciones con la civilizacion moderna. De este modo quitaremos á unos el derecho de murmurar, que reserva para sí el descontento, y á otros mil excusas que los tienen retraidos de oír cosas graves y de comunicar con hombres doctos.

A.—Perfectamente. Solo que las tradiciones pura y simplemente doctrinales no son flexibles al punto de que por convenios humanos cambie la naturaleza de las cosas. La ley siempre será ley, aunque en la aplicacion varíe segun

los casos, tiempos y circunstancias, es decir, que siempre habrá una regla de las acciones humanas, que como sea justa no es más ni ménos que regla para el sér racional. Se dan las leyes en bien del procomun, y en procurarlo y conseguirlo consiste la civilizacion. *Ex quo, principio rationalitatis, rursus ei convenit appetentia ad societatem et civilitatem.* Soto De Justitia et Jure. Lib. I, Quæst. IV, art. IV. Edit. cit. pág. 26. Sociedad y civilizacion se incluyen: civilizacion, cismas, partidos y excisiones braman de verse juntos. Contraría en su raiz los nobles instintos sociales, quien, á nombre de nuevas ideas, rompe con el pasado doctrinal, histórico y de buena ascendencia. Obra es de la ilegitimidad abogar por nuevos derechos, esto es, por hechos contra derecho.

C.—¡Pues con todo ha de dar en tierra la civilizacion moderna!

A.—¡Hasta con la conciencia? ¡Hasta con el remordimiento?

C.—¡Sí, sí! Con escrúpulos y quimeras; que nó son otra cosa vuestros augurios.

A.—Pues bien. No es malo recordar la lucha de D. Pedro el Cruel con cierta sombra que le perseguia sin tregua ni descanso. Llegó á decir hablando con el invencible fantasma:

Aquí tengo de matarte,
Aunque no puedas morir.

Si te pudiera matar,
Ya otra vez te hubiera muerto.

Comedia de Tirso de Molina, titulada: *El rey D. Pedro en Madrid.* Actos 2.º y 3.º Excenas XXVI y XIII.

Dija de la Purísima Concepcion, 8 de Diciembre de 1874.

ANTOLIN, OBISPO DE JAEN.

LOS BOSQUES. (1)

III

Bajo el punto de vista de sus productos, los bosques tienen grandísima importancia. Más felices sus utilidades inmediatas ó económicas, todo el mundo las comprende y reconoce, sin necesidad de estudiar este ramo importante de la riqueza pública.

¿Qué sería de muchos pueblos, hundidos en los barrancos y hoyadas de las cordilleras, si el bosque no respondiese con sus productos á las más urgentes necesidades de la vida? ¿Qué fuera en el invierno de algunas familias, sin leña en el hogar, sin hoja seca para el lecho, tendidas sobre un piso de tierra húmedo y frío y confiadas exclusivamente á los muchos rubores y escaso alivio que produce la limosna? ¿Cuál sería la suerte de muchos lugares, asentados en lo más ágrío de las montañas, si el bosque les faltase ó la prohibicion de disfrutarlo se alzase sobre ellos, de pronto, y por mandamiento de la ley?

Quien haya recorrido, entre otros puntos que citar pudiéramos, esos pueblecitos reclinados sobre los riscos del Moncayo, comprenderá perfectamente cuántas lágrimas enjugan los bosques y cuántas desventuras mitigan. Allí, desafiando todos los peligros, cuando la nieve borra hasta los lindes de los senderos, miles de familias pobres se descuelgan por aquellas breñas profundas, sombreadas por intrincados y espesos bosques, para hacer su pobre acopio de leña, que dejan en la villa ó ciudad próxima, á cambio de cinco ó seis reales. Y á pesar de esto, ateridas de frío, fatigadas por una larga caminata y el trabajo sin descanso de todo el día, vuelven esas gentes á sus casas, felices y gozosas con su mezquino jornal, satisfechas y ufanas, porque llevan un pedazo de pan negro á sus pequeñuelos; ¡cuánta virtud y cuánta fé guarda aun el corazón de esa parte de pueblo, alejada de los grandes centros, y que sube á la áspera cumbre de la vida con el pesado fardo de la miseria sobre sus hombros!

Por eso los que, censurando el aprovechamiento comun (en vez

(1) Véanse los dos cuadernos anteriores.

de censurar el modo y forma de efectuarlo en España y los abusos que de tal práctica resultan), han propuesto concluir con él, confesaron paladinamente su falta de experiencia y tino en semejantes cuestiones, así bien como el desconocimiento completo del modo de ser de muchos pueblos españoles, que del monte viven y con el comun y gratuito disfrute se sostienen. Esas teorías, inarmónicas respecto de la vida real, que intentan reemplazar de pronto al trabajo forestal de hoy día con otro continuo é intenso, sin mezcla de defectos, son de todo punto irrealizables. El aprovechamiento comun y gratuito de ciertas fincas es necesario y conveniente hoy; con él se estrechan y enlazan los intereses de todas las clases, se fomenta el amor al país y mitíganse muchos dolores, dando alguna satisfaccion á ineludibles necesidades. Es cierto que el ideal del cultivo forestal, como el del agrícola, es la intensidad, pero esa no puede lograrse sino á la larga. Hoy por hoy, y en nuestro pobre sentir, bastaría regularizar el disfrute comun, para obtener grandes bienes y cuantiosos resultados.

La especulación se estrella las más de las veces ante la fria realidad; y he ahí por qué todos los sistemas que desprecian las costumbres, todos los sueños y fantasías forjadas en el retiro del gabinete (y muchas de esta índole invaden á toda hora el campo del cultivo) caen siempre y se estrellan contra el escollo de lo imposible. Destruir de pronto el aprovechamiento comun es matar pequeñas industrias á cuyo calor viven y se sostienen los menesterosos; es ensanchar la mendicidad; es poner en grave trance y someter á terrible prueba la virtud y el sufrimiento del pobre.

Algunos, sin embargo, enemigos del aprovechamiento comun, han pintado con estas ó parecidas frases el disfrute comun de algunos montes, queriendo justificar con lo sombrío del cuadro, la conveniencia de reemplazar el trabajo colectivo con el individual, siempre más exigente en medios y en recursos. Hé aquí cómo se pueden condensar las declamaciones contra el disfrute comun: «Aquello es un verdadero desórden. No busqueis cuidado y zelo para guiar el tierno *brinzal*, ni para favorecer el desarrollo del árbol padre, ni para ayudar el brote de la cepa. Allí no hallareis más que una destructora pasión sin trabas, que desgaja las ramas, que barre el preciso y natural abono del suelo, que desnuda y monda los troncos, que todo, en una palabra, lo gasta y

aniquila. Y de este merodeo reprensible, y de este trabajo oblicuo, y de esta maña dañosa, y de este duro buril que muerde y hiere profundamente en el corazón de los montes españoles; se desprende, por ventura, una molécula, una sola, que; resbalando hasta el ánimo del pobre, modere ó contrarreste, algún tanto; los embates á que lo somete el infortunio?»

Realmente, y ya lo hemos dicho, muchos abusos se originan del disfrute comun de los montes en España; pero, si atentamente se observa, fácil es advertir que los engendra el descuido y los agranda el perozoso *no hacer* del poder público. Si esencialmente fuese malo el aprovechamiento comun, allí donde existiese, debería revestir los mismos males que aquí censuran sus enemigos, iguales defectos, idénticos ó parecidos vicios. Pero ¿es así? No, ciertamente. Algunos estados alemanes lo armonizan y conciertan admirablemente con la conservación y mejora de los bosques, y en el apacible fondo de los institutos cenobíticos crece y prospera también, en amigable consorcio con un cultivo asiduo, intenso y fecundo.

¿Dónde está pues, preguntamos, esa infecundidad del trabajo colectivo, y dónde la razón que impulsa á muchos á alejar de su pensamiento una esperanza, que se realiza en otros países y en otros tiempos?

El aprovechamiento comun puede hacerse fecundo, sin necesidad de transformarle en individual, siempre que sea regulado y con asiduidad atendido por el poder público. De este modo pueden desaparecer sus defectos de hoy, que de buen grado reconocemos. La cuestión es difícil, atendidos añejos hábitos, ambiciones destempladas y prácticas desoladoras; pero no imposible. El ordenado concierto de todas las actividades en una unidad de plan, de mejoramiento y de utilidad, el estrecho enlace de fuerzas, que hoy se dañan y destruyen, en las sábias relaciones de un prudente sistema, pueden producir la regeneración de muchas fincas, y un recurso permanente que ponga á cubierto nuestros campos del oleaje asolador del moderno socialismo, que conmueve y arruina tantos ramos de la industria.

Pero digamos algo que recuerde y atestigüe la importancia económica de los bosques.

Con solo echar una ojeada por la estadística forestal de Eu-

ropa, sorpréndese la mente al ver la enorme cantidad de maderas, leñas, resinas, frutos y cortezas que la naturaleza elabora en los montes bajo el poderoso intujo de sus fuerzas vitales, y el capital en dinero por que se cambian en los mercados y grandes centros de consumo.

El siguiente resúmen, en el cual aparece la produccion en dinero de los montes en los diferentes Estados que constituyen el nuevo Imperio aleman, bastará á dar idea aproximada de lo que significa y de lo que vale para las naciones el racional aprovechamiento de los bosques.

ESTADOS.	Extension de los montes en hectáreas.	Produccion anual en reales de vellon.
Prusia.....	8.366.947	607.581.227
Baviera.....	2.596.894	283.862.685
Sajonia.....	472.419	61.225.502
Württemberg.....	525.102	66.755.750
Baden.....	510.924	58.858.445
Entre el Rhin y el Elba.....	497.479	54.345.883
Turingia.....	393.059	51.040.446
Del Báltico.....	788.238	27.836.301
TOTALES.....	14.151.362	1.276.098.471

Rusia, sin contar los montes del Asia central, del Cáucaso y de Finlandia, obtiene en maderas y leñas la respetable cantidad de reales de vellon 137.300.000. (1)

Por último, y para no estampar aquí más guarismos, que harian tal vez demasiado monótonas estas breves indicaciones, los montes públicos españoles, sobre los cuales pesan abusos de tanta cuantía y prácticas en extremo funestas, producen anualmente reales vellon 62.974.260.

De admirar es que, en ese laboratorio inmenso de los bosques, en donde tal cantidad de fuerza se despliega y tan grandísima produccion se condensa, todo se efectúe mansa, armónica y sosegadamente. Así como en los grandes centros de la industria el réchinar de las ruedas daña, y el golpear de los martillos asorda, y el incesante y rápido movimiento de cadenas y volantes ofusca y marea, allí, en medio de las hoces y gollizos de las

(1) Estos datos numéricos que aquí consigno los debo á la buena amistad é ilustracion de mi compañero el Sr. D. Francisco de P. Arrillaga.

sierras, y en el corazon de nuestros arbolados, todo se realiza con deleitable concierto, sin ruido, sin estrépito, en una serie de sorprendentes fenómenos, de tintas y luces incomparables, que tanto alumbran los ojos como deslumbran la razon, incesante indagadora de las causas de cuanto vemos.

La ciencia hace y ha hecho observaciones preciosísimas sobre la vegetacion; mas ¡cuánta sombra aún! Conocemos perfectamente la estructura de las partes constitutivas de la madera; pero no tan bien las operaciones del crecimiento, y mucho ménos las materias y los agentes que le determinan. Descomponemos el tallo, la raíz, las ramas, las hojas, las flores y los frutos; mas, si descontentos de tales conquistas aspiramos á mayor conocimiento y queremos explicar el movimiento de la sávia y la formacion de los tejidos, bien pronto las nubes cercan la inteligencia y la arrollan en inmenso torbellino de dudas. El más insignificante fenómeno vegetal encierra en su seno una cuestion, que aún no abarca la ciencia. La mas pequeña hoja de un árbol guarda más misterios que *estomas*.

Con ser tan patente y clara (volviendo á la importancia económica de los montes) la inmensa utilidad de los productos forestales, no han faltado escritores, que trataron de amenguarla, ante las numerosas aplicaciones del hierro y del carbon mineral, sustancias que juzgaron rivales ó antagónicas de las leñas y maderas. Nada, empero, más desacertado y desprovisto de racional fundamento. El hierro y la madera tienen propiedades diferentes, que hacen que no puedan reemplazarse en ciertas aplicaciones, sin pérdida de grandes ventajas.

Cuando la industria tenia una esfera de accion más concreta y las necesidades del hombre eran más limitadas, la una y las otras hallaban una satisfaccion cumplida en los montes; pero como quiera que la industria tomó portentoso incremento, y el hombre procuró, desde el origen de las sociedades, aumentar su bienestar, hubo y hay, con mayor razon, necesidad de un producto como el hierro, que comparta con las maderas las exigencias de una creciente demanda. Bajo este punto de vista el referido metal vino á llenar un vacío sentido en la industria, á satisfacer una necesidad sumamente atendible, y á salvar los bosques, aniquilados, en parte, por un considerable consumo.

No hay razón para mirar al hierro como un rival para el consumo de maderas, ni para el empleo en las construcciones de las artes de los productos de los bosques, pues la demanda creciente del uno no perjudica en lo más mínimo la de las otras. La verdad de esta asercion se justifica con sólo parar mientes en las cantidades que se importan del extranjero á Francia, en años sucesivos, para satisfacer las exigencias de la construccion, que no halla suficiente alimento en la produccion de los montes franceses.

En 1852 se importaron á la nacion vecina, principalmente de Prusia, maderas por valor de 251.475,100 rs., y quince años despues, y solo en el primer semestre del año 1867, se introdujo ya en Francia el mismo artículo por valor de 272.568,714 reales.

Oigamos aún, en este asunto á M. A. des Cars: «La Francia no produce hoy la cantidad de madera de construccion necesaria á su consumo; sus montes suministran apenas la cuarta parte de la cantidad exigida por los arsenales y construcciones del Estado, teniendo que pagar anualmente un tributo á otras naciones por uno de los principales productos de su suelo.»

Así como el hierro ha sustituido en algunas aplicaciones ventajosamente á la madera, el combustible mineral ha reemplazado, á la leña en ciertos usos, más no en todos. En la fabricacion del hierro, por ejemplo, el combustible mineral no ha sustituido al vegetal, á no ser en aquellos puntos en que se halla la cuenca carbonifera, pues es cosa reconocida que el hierro fabricado con leña es más dúctil y maleable. La destruccion de los bosques nos haria, por tanto, queriendo resistir la concurrencia de los hierros extranjeros, tributarios de Alemania ó de Rusia, naciones que se hallan en posesion de los mejores bosques de Europa. Las consecuencias funestas de tal necesidad fácilmente se ven y pueden medirse.

El hogar doméstico en todos los paises consume gran cantidad de leña, producto de primera necesidad, sobre todo en los paises montañosos, en los cuales á su falta síguese la más espantosa miseria. Y ¿cómo reemplaza á la leña el combustible mineral en todos los puntos en que aquella falte? Los carbonos minerales no pueden llegar á los pueblos agrícolas y forestales desde las cuencas productoras sin grandes gastos en la mayor parte de los

países; y, limitándonos ahora al nuestro, la cantidad de carbon mineral que se extrae de las cuencas, anualmente (750.000 toneladas) no es bastante á cubrir las necesidades de la combustion. Pero, aun dado caso que las cuencas carboníferas de España pudieran dar el combustible bastante á satisfacer la continua demanda de la industria y del hogar, ¿no seria un castigo cruel para esa gran muchedumbre de pueblo que con la explotacion de los bosques vive, trocar el hacha por el pico, y el aire puro de los campos por el viciado de las minas, donde la existencia se halla rodeada á cada instante de peligros? Esa clase, que comprende una parte considerable de nuestra poblacion rural, ¿no es bien desgraciada, sin necesidad de añadir un nuevo dolor al conjunto lastimoso de sus privaciones y miserias? Y fijándonos en otro órden de reflexiones, ¿cómo sustituir el triste arder del carbon mineral al vivo resplandor de esas rojas lumbres de aldea, coronadas de chispas de mil colores, que se centuplican en los cacharros del hogar en fantásticos y brillantes reflejos? Todo es animacion, viveza, colores, en la combustion de la leña. Calienta al consumirse tanto como recrea, repartiendo en la familia un singularísimo contento, chisporroteando siempre, encogiéndose y alargándose rápidamente, plegándose y volviendo á desplegar sus irradiaciones de luz, proyectadas sobre el muro en movibles círculos, que se dilatan y crecen, y se pierden hasta tocar y abrazarse á las ráfagas de aire que recorren y olean la anchia y denegrida chimenea. La combustion de la leña, comparada con la del carbon mineral, es, en efecto, enteramente diversa. ¿Quién no lo advierte? Mientras aquella parece representar la lucha, la fuerza de un organismo robusto condensada por el sol en las celdillas y vasos, aún palpitantes con el movimiento de la savia, la de este remeda la débil convulsion y acabamiento de una organizacion exánime, que ha sufrido los embates de mil trastornos y de mil violentas revoluciones. La leña del árbol que se consume y gasta sobre la solera de nuestras soterradas cocinas de aldea es como el planeta, con atmósfera vivificante aun, con la energía, el movimiento y el ruido de organismos que batallan y perecen sobre su redonda superficie; la hulla es ya el astro de Lecop, que absorbió en su masa la totalidad del agua y del aire para reducirse á silenciosa y desierta luna. La leña, en fin, es la

vida vegetal de ahora, con su hermosa variedad y sus numerosos contrastes de formas y colores; la hulla es el cadáver de una vegetación remotísima, tan gigante cuanto monótona, enterrada por violentos cataclismos entre las capas de la tierra. No hay duda: al arder, la hulla y la leña nos revelan su maravillosa historia, como revela el don celeste de la palabra la extensión y alcance del pensamiento, y la creación revela á Dios, y la sed de inmortalidad nuestro altísimo destino, y las rayas y detalles del espectro la naturaleza química de los astros.

Pero no divaguemos más, siguiendo, para terminar, el principal asunto de estas líneas.

A más de las leñas y maderas, cosa es sabida que los montes representan un enorme capital en abonos, en jugos, en cortezas y en frutos. A estos últimos debe la humanidad grandísimos bienes; que ellos fueron el alimento de los primeros hombres... Por eso, sin duda, hubo un tiempo en que los labradores, reconocidos á la vegetación arbórea y á la parte que tomó en la alimentación de la especie humana, festejaban la recolección de sus mieses y frutos con cantos y danzas, y coronados con ramos de encina. Virgilio nos ha transmitido esa antigua costumbre con estas palabras:

..... *Neque antè
Falcem maturis quisquam supponat aristas,
Quàm cereri, tortá redimitus tempora quercu,
Det motus incompositos et carmina dicat.*

(GEORG., lib. I, v. 347.)

Aun hoy, con ser menor la importancia de los frutos forestales, es tan grande, sin embargo, que hay países en que la población se sustenta casi exclusivamente de la castaña, ó en que por lo ménos este fruto constituye la base de la alimentación de las poblaciones rurales.

¿Qué no pudiéramos decir, en fin, de la importancia económica de los bosques y de su valor inmediato si nos fuese dable enumerar tan solo, sin pecar de enfadosos é interminables, la larga lista de sustancias, que la industria obtiene, tomando los productos forestales como primeras materias? ¡El gas del alumbrado, obtenido por primera vez de la leña por Pettenkofer; la estopa, fabricada en algunos países con la hoja de los pinos; la cerveza

que preparan los ingleses con los renuevos y tallos del pino silvestre; el pan de los filandeses, confeccionado con la fécula extraída de la córtexa del abeto; el carbon, el papel, la trementina, la colofonia, la pez, el vinagre de madera, la brea, y mil y mil productos más que hinchen las grandes arterias del comercio, y suministran, en suma, á la sociedad inmensas comodidades y beneficios!...

En resúmen: los bosques representan grandísimos bienes en muchos y diversos órdenes, y la conservacion de aquellos es una condicion precisa de armonía social. Es preciso, pues, oponer á las ruines é imprevisoras pasiones sin freno, que incendian y talaran nuestros arbolados, el potente dique de la razon y de la ciencia. De este modo, y de una vez para siempre, todos los reinos de la naturaleza girarán en círculo armonioso y fecundo. Los árboles dejarán de ser el yunque eterno del egoismo; y la actividad humana, fijando las dunas, repoblando las cordilleras, desecando pantanos, encauzando rios y conteniendo en lechos fijos los mares, preparará á las futuras generaciones un porvenir de salubridad y calma, obra portentosa y digna por cierto del sér criado á imágen y semejanza de Dios. De otra suerte, la generacion actual podrá decir, con más motivo que Felipe II lo decia á Covarrubias, recomendándole el aumento y conservacion de los montes: «Temo mucho que los venideros tengan gran razon para quejarse de los que vivimos ahora.»

ANTONIO GARCÍA MACÉIRA.

CRÓNICA Y VARIEDADES. (1)

Visita del Sr. Carramolino á S. S.—El Sr. D. Juan Martin Carramolino, distinguido hombre público por su saber y virtudes, y colaborador de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, ha hecho recientemente un viaje á la Ciudad Eterna, con el objeto de ofrecer á Su Santidad una obra que tiene escrita en tres lenguas: latin, español y francés, sobre los nombres que se dan al Papa. De una carta en que refiere la audiencia que le concedió Su Santidad, copiamos los siguientes párrafos:

«Llegué á esta indescriptible ciudad el jueves 12: en los dos siguientes dias visité á los eminentísimos Cardenales y altos Prelados, de cuya proteccion esperaba que me alcanzasen pronto una audiencia privada con el Santo Vicario

(1) Por no disponer de espacio bastante, hemos tenido que retirar hoy, despues de compuesto, el artículo que destinábamos á la seccion histórica, el cual verá la luz en el cuaderno siguiente.

de Cristo, para obtener su apostólica bendición. Y no me equivoqué; porque, á pesar de hallarse aquí muchos Reverendos Obispos italianos y extráñeros, y entre otros el Reverendísimo Arzobispo de Westminster, que siempre tienen y deben tener preferencia, me vi agradablemente sorprendido con el aviso oficial del muy ilustre maestro de Cámara (como si dijéramos del introductor de embajadores) designándome la deseada audiencia particular para el domingo 22, á las cinco y cuarto de la tarde.

Ya en la antecámara del Palacio Vaticano, manifesté una y más veces al complaciente señor camarero participante (cargo semejante al de gentilhombre de servicio) que el abultado libro que llevaba mi hijo Joaquín, y que colocó en una mesa, «no era para presentarle á Su Santidad, sino daba la orden para que se llevase á su sagrada presencia.» Llegó el momento: el camarero participante dijo á Joaquín que tomase el libro; yo le recordé que no; insistí, repliqué, pero fué en vano; prueba inequívoca de que, enterado ya el Padre Santo, así lo mandaba; y respetuosos obedecimos.

Hechas las reverencias de costumbre, el siempre venerando y siempre admirable Papa Pío IX me indicó que me sentase á su lado; lo excusé; segunda vez me lo dijo: también insté por permanecer en pié; y entonces, con amorosa é insinuante dulzura, replicó: «Yo puedo mandárselo á usted; trae al pecho la banda de San Gregorio;» y en tan tierna situación obedecí, recordándole que ya hacia doce años se había dignado dármela por mis anteriores servicios á la Iglesia y al Estado, siendo yo fiscal de la Cámara eclesiástica.

Acto continuo le expuse mi deseo, reducido á que se dignase bendecir mis pensamientos y estudios, hasta poner en sus sagradas manos mis «Nombres del »Papa y de la Santa Sede, testimonios infalibles unos, irrefragables otros de la »divinidad del Primado de la Iglesia Católica.» Su Santidad, con indecible bondad, dió la bendición apostólica á mí, á mi hijo y á mis trabajos literarios.

Gozoso ya por tan feliz suceso, me atreví á suplicar al Santo Obispo de todos los Obispos del Orbe católico me permitiese consignar este gran favor, para mí tan grato, al frente de mi obra, y, con ternura é incansable bondad me contestó «que le dirigiese una carta, á que me contestaría agradablemente.»—De nuevo me postré de rodillas, y besé muchas veces su sagrada mano.—En uno de estos días espero recibir tan precioso documento.»

—◆◆—
Nuevos donativos á las bibliotecas parroquiales.—El Sr. D. Pedro Armengol y Cornet ha tenido la generosidad de enviarnos 50 ejemplares de su obra intitulada: *Algunas verdades á la clase obrera*, que justamente premió y ha impreso la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

También el Sr. D. José Musso y Fontes ha regalado á las mismas 250 ejemplares del opúsculo *El Papa es infalible*, de monseñor Segur, elegantemente traducido por dicho señor.

A ambos (que no por vez primera emplean esta largueza) damos las gracias en nombre de los que han de resultar con ella favorecidos.

—◆◆—
Nuevas publicaciones.—Recomendamos á nuestros lectores el compendio ó resumen de *Historia Universal*, compuesto por D. Joaquín Rubió y Ors, que verán anunciado en su lugar correspondiente. Es una obra de utilidad notoria por lo claro y ordenado de su método, y la riqueza de materias que contiene. También recomendamos la *Retórica y Poética* publicada en su cuarta edición por D. Félix Sanchez Casado, para uso de los alumnos de Seminarios, Institutos y Colegios, á los cuales puede facilitar la adquisición de interesante conocimientos, que son necesarios á toda persona culta. El esmero y claridad con que está escrita la hacen digna de especial atención.

—◆◆—
Nueva edición del Catecismo del P. Ripalda, corregida y aumentada por D. Juan Bta. Paman (1).—Anunciamos á nuestros lectores otra edición nueva del precioso librito mencionado. Notorio es á toda persona inteligente, el mérito indisputable que sobre todos los catecismos de la Doc-

trina Cristiana encierra el que escribió el sábio y piadoso P. Jerónimo de Rípalda, honor de nuestra España y gloria de la Compañía de Jesús. Esta es la razon por que desde luego, fué adoptado para la instruccion de la niñez; muchos adultos deberian tambien hoy estudiarlo, y con preferencia á todos los demás. Fué despues aumentado por el canónigo doctoral de Cartagena, don J. Antonio de la Riva. Más por la ineutia de muchos impresores en la multitud de ediciones que de él se han hecho, sufrió alteraciones que lo disfiguraron. El respeto que siempre se mereció este tan bien formado Compendio de la Doctrina Cristiana, retraia á muchas personas de emprender su reforma. En una nueva edicion, que dióse á luz en Málaga por D. José Martínez de Aguilar en 1855, corregida y aumentada con unas pequeñas nociones sobre las Bulas de Cruzada, y en la nueva edicion que hoy anuncia D. Ambrosio Rubio, sucesor de Martínez de Aguilar, se indican mejoras y adiciones que aumentan la utilidad de esta obrita, para preservar á los cristianos de los errores propios del día, y esto con el laconismo, que de suyo requiere la índole de esta clase de instrucciones elementales. Es un nuevo elemento para contribuir á la abundancia del bien, con que Balmes decia que debía ahogarse el mal en estos tiempos; y en tal concepto, lo recomendamos al público.

Aegida de la Hoja Popular.—Hé aquí algunas de las cartas en que se nos sigue dando cuenta de ella: con esto la damos nosotros tambien al público, que nos favorece y alienta, de nuestros incesantes trabajos encaminados á corresponder á su benévola adhesion y al cumplimiento de los que reputamos nuestros debéres.

SR. D. CARLOS M. PERIER.

Aguilar del Rio Alhama, (Logroño) 11 de Diciembre de 1874.

Muy señor mio y de todo mi aprecio y consideracion: Varias veces he intentado dirigirme á Vd. en demanda de algunos ejemplares de *La Hoja Popular*, para generalizar en esta localidad las sanas doctrinas que contiene; y otras tantas he desistido de mi buen deseo, por no aparecer demasiado exigente.

Muéveme á verificarlo hoy la generosa y grata oferta que he visto reiterada al pié de una carta publicada en *El Magisterio Español*, y tomada de su ilustrado periódico LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

La propia experiencia me ha hecho comprender el gran fruto que puede sacarse de la citada hoja, ya por haber conseguido, con las pocas que nos venia regalando la redaccion de *El Magisterio Español* en alguno de sus números, ver el afan con que me solicitaban para que se las leyese, ya tambien por tener el gusto de conservarlas muy deterioradas en fuerza del sinnumero de hogares que han visitado: tal ha sido la avidéz con que las han leído.

Si como no dudo, me remite Vd. 20 ó 30 ejemplares, siempre que salga á luz, las utilizaré repartiéndolas entre los niños de mi escuela como premio, despues de haberlas leído en alta voz y de hacerles las observaciones que me sugiera mi escaso valer, si bien con la expresa condicion de que las han de leer en sus casas, y darme cuenta al día siguiente del efecto que produjo su lectura.

(1) Se halla de venta en Málaga en casa de su editor D. Ambrosio Rubio, calle del Márquez, núms. 40 y 42, á 2 rs. la docena encuadrados en cartulina, y se hacen rebajas, tomando de 100 ejemplares en adelante.

Creo que este es el mejor medio de generalizar las buenas semillas, y no seré yo quien se aparte de contribuir á labrar la dicha de esta desventurada nacion en lo que esté de mi parte.

Anticipando á Vd. un millon de gracias, y dándole la más cordial enhorabuena por los felices resultados, que viene consignando con su ilustrada publicacion, tiene el gusto de ofrecerse de Vd. afectísimo S. S. Q. B. S. M.,

VICENTE ROMERA.

SR. D. CÁRLOS M. PERIER.

Paredes de Nava, Diciembre 12 de 1874.

Muy señor mio y de mi mayor consideracion: Por el periódico *El Magisterio Español*, del que hace bastante tiempo soy suscriptor, recibí algunos núms. de la interesante *Hoja Popular*; y en el laudable deseo de los colaboradores de la misma, para que su lectura se extienda y fructifique, me tomo la libertad de molestar su atencion, á fin de que me remitan los núms. que me faltan, para hacer el uso, que se desea, en esta escuela de mi cargo. Los núms. que me faltan son el 2.º, 17, 18, 19, 20, 22 y siguientes.

Sin otra cosa, se ofrece de Vd. su afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

El maestro de la escuela del primer distrito

JUAN GONZALEZ GARCÍA.

SR. D. CARLOS M. PERIER.

Villalube provincia de Zamora, Diciembre 13 de 1874.

Muy señor mio: En el núm. de *El Magisterio Español* correspondiente al día 10 del actual, veo un suelto tomado de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, periódico que tan dignamente Vd. dirige, en el cual ofrece remitir á los Maestros que lo soliciten los núms. de *La Hoja Popular*, con el fin, de que se le dé la mayor publicidad posible, para que se difundan por todas las clases de la sociedad las buenas doctrinas que en ellas se contienen: me atrevo á suplicarle tenga á bien remitirme un ejemplar de cada núm., con el objeto de leerlo no sólo en mi escuela por el día, si que tambien en la de adultos por las noches, y en la tertulia que en este pueblo se reúne de las personas más caracterizadas del mismo, como ya lo hice el año pasado, por cuya razon era esperado con ansia cada núm. de dicha *Hoja Popular*.

Sin otra cosa, aprovecha esta ocasion de saludar á Vd., su atento y seguro servidor Q. B. S. M.,

MARCELINO DE LA VEGA.

LA HOJA POPULAR. Con este número de la Revista se publica el 26.º de *La Hoja popular* (que repartimos gratis), de la cual recibirán dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Rogamos á todos que propaguen su lectura por cuantos medios juzguen oportunos entre todas las clases, y en especial las trabajadoras, de la sociedad. Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, los profesores de enseñanza, los párrocos, las autoridades locales, los padres de familia, pueden hacer el pedido que gusten de estas *Hojas populares*, las cuales les serán remitidas, gratis tambien, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicacion. Así se ven confirmados constantemente los ofrecimientos de «La Defensa de la Sociedad.»